—Sí,—dijo de pronto, como si la idea saliera de ella,—iré á ver á mi madre.

Y mirando á Marcial con ojo interrogador,

—¿Y si no volviera?

—¡Ah! Entonces yo sería quien fuera á buscarla á usted. Haga una prueba, si quiere usted ver si le amo. ¿Quiere que le coja la palabra? ¿No sabe que me sería imposible vivir una hora sin usted?

El señor de Briançon respiraba; una avalancha de besos cayó sobre los cabellos, sobre las mejillas, sobre los ojos y sobre los labios de la señorita de Armaillac.

—Mira,—murmuró,—no sé decirte más que esto.

—Y yo,—añadió Juana con voz ahogada,—no entiendo otra cosa.

V

Así va el mundo

La señorita de Armaillac volvió, pues, á casa de su madre; eran las cuatro cuando llamó á la puerta.

—¡Ah, señorita! — dijo la doncella que salió á abrir.—¡Si supiera cuánto ha llorado la señora y qué feliz será al verla!

En efecto, apenas la joven había dicho estas palabras, la señora de Armaillac, que desde por la mañana estaba en acecho, salió como una loca al encuentro de su hija.

—¡Eres tú!—exclamó con gran alegría.

Y la abrazó mil veces, acusándola al propio tiempo.

—¡Ah, mi querida Juana!—dijo á continuación.—No te defiendas. Yo soy quien tuvo la culpa. ¿Qué quieres? No puedo dominarme; se hace la felicidad de las gentes causándoles mucho daño; he querido que ese matrimonio se hiciera demasiado pronto. Y, después de todo, no creas que piense ponerte un puñal en la garganta.

Juana enloquecía viendo á su madre tan encantadora en su efusión; y la abrazaba, diciéndole que aquellas nubes no eran nada en el cariño que le profesaba.

—Ya sabes, añadió la madre, que soy exagerada; se habla tanto de suicidios en los periódicos, que me imaginaba, ¿lo creerás?, que habías tenido la locura cruel de querer castigarme mortalmente. ¡Porque hubiera muerto!

—¿Quién sabe,—pensó Juana,—si yo no moriré?

—¿Y qué has hecho tantas horas?—añadió la madre, que estaba á mil leguas de dudar de la virtud de su hija.

Juana no había mentido nunca, seriamente al menos. Su rostro se coloreó de rojo; aun cuando llevaba una historia preparada, no pudo responder sencillamente. Habló de una visita lejana á una de sus amigas.

—Pero ya te contaré todo esto más tarde. Y tú, ¿qué has hecho?

—Yo, te he esperado para desayunar, sin com-

prender por qué te habías marchado; me he sentado á la mesa, me he comido un racimo de uvas, he tomado una taza de te y luego he cogido un coche y he ido en tu busca. He pasado por casa de la duquesa, por la de la señora de Tramont, por la de tu amiga Angela; naturalmente, no he dicho en ninguna parte que te buscaba.

En aquel momento, alguien llamó á la puerta. La señora de Tramont entró armando gran ruido, según costumbre.

—¡Ah, amigas mías, qué confusión á orillas del lago! Decididamente, hay allí demasiadas personas que van sin invitación. Si yo fuera el prefecto de policía, haría con los coches de ciertas señoritas lo que se ha hecho con los ómnibus de los Campos Elíseos: les condenaría á pasar por otro camino. Aquello es un escándalo. Así es que mientras íbamos como tortugas, mi coche se ha rozado con el de esa señorita Margarita Aumont, la querida de nuestro amigo Briançon. Le cumplimentaré esta noche. Aquella señora me ha mirado con su lente como hubiera podido mirar á una de sus iguales.

—¿Es linda acaso?—preguntó Juana con aire distraído y sin parecer esperar contestación.

—¿Si es linda? Es muy linda. He ahí por qué se perdona al señor de Briançon el ser tan loco. Después de todo, no es él quien paga sus caballos y sus diamantes: es una mujer en comandita.

—¿Qué le paga él?—preguntó la señora de Armaillac.

—Parece que le paga la casa y la mesa. Lo cual es también muy lindo; porque ¡son tan glotonas y viven tan anchas esas señoritas!

Juana, que tenía miedo á comer á solas con su madre, quiso retener á la señora de Tramont, que hacía siempre sus visitas de pie en el umbral de la habitación, siempre deseosa de ir á hablar á otra parte.

—¿Están ustedes solas?—dijo.

—Sí,—espondió la señora de Armaillac.—Y ofreceré á usted un faisán dorado de la caza de Chantilly.

—¡Ah, sí! No me acordaba ya de que ustedes son orleanistas desde el 4 de septiembre; yo comparto todas las opiniones; he ahí por qué acepto un alón de su faisán de ustedes. Mande usted decir á mi cochero que vuelva por mí á las nueve.

La comida fué alegre, porque la señora de Tramont siempre tenía el diablo en el cuerpo.

A las nueve se llevó á Juana consigo, diciendo á su madre que se la devolvería en su carruaje antes de las once.

Quería que la señorita de Armaillac sirviera el te en su casa. Debía tener tres ó cuatro amigos íntimos, tal vez un príncipe ruso que podía abrigar la idea de contraer matrimonio.

—Y á buen seguro,—dijo,—que Juana tendría más trazas de princesa que él de príncipe.

La señorita de Armaillac acompañó, pues, á la señora de Tramont. Su madre se quedó en casa, porque no quería arreglarse por tan poco. No se ofrecía al mundo sino en las grandes ocasiones.

El príncipe ruso fué de la fiesta; hizo algo la corte á Juana, que jugó con el abanico sin divertirse gran cosa, por no dejar de pensar en el señor de Briançon. ¿Dónde estará? ¿Qué hará? ¿Pensará en mí?

Cuando servía el te con su gracia un tanto altiva, un lacayo anunció á Marcial. Tenía una hora que perder; la señora de Tramont estaba en su camino, y le divertía mucho aguzar frases con ella.

—¡Ah!—dijo al verle aparecer.—¡Segura estaba de que vendría usted esta noche!

—¿Por qué?

—Por la fuerza de las afinidades, ó del magnetismo ó de los átomos engarzados: ha venido la señorita de Armaillac, había usted de venir.

Mientras Juana vertía el te sobre el mantel, Marcial se preguntó seriamente si no habría hecho alguna confidencia á la dueña de la casa.

Un minuto después, el príncipe ruso habiera podido decirle:

—Caballero, retírese usted de mi sol.

Porque, aparentando conocerla apenas, se había acaparado á Juana.

—¡Oh, cuán feliz soy volviendo á ver á usted!—díjole enviándole dos besos con sus dos ojos, á los que ella respondió con dos miradas húmedas.

—¿Sabe usted en qué pienso?—le dijo.

—¡Quién sabe! En mí tal vez.

—Eso, desde luego; pero pienso en que es extraño que después de lo andado esta mañana pueda encontrarme aquí esta noche, como si nada hubiese pasado. Me pregunto si es un sueño. ¡Cómo! ¡Soy su querida de usted, y todo el mundo me saluda y me habla con respeto! Lo que va á sorprenderle á usted es que esto me choca. ¿Dónde está el castigo?

—Pero si el mundo se encuentra lleno de esas cosas. ¿Se cree usted menos digna de admiración que la mayoría de las mujeres adúlteras que presumen en los más bellos salones?

—Me creo tan digna de lástima como esas señoras; pero, mire usted, Marcial: lo que me desespera es que el mundo me estime, cuando yo he dejado de estimarme. Si no fuera por la embriaguez de su amor de usted, me miraría con horror.

—Ya sabe usted que la adoro, que sólo á usted amo, que sólo á usted amaré.

Marcial hablaba con toda sinceridad. Aquel encuentro imprevisto le había conmovido profundamente; los aires de enamorado del príncipe ruso le daban celos. ¡Y era Juana tan bella, tan altiva, tan majestuosa!... ¿No era aquél un triunfo brillante? Saboreaba misteriosamente su dicha.

—Tengo noticias de usted,—díjole la joven.

—¿Quién me ha encontrado?

—No es que se le haya encontrado á usted, es que una señorita Margarita Aumont que escandalizaba en el bosque, y según se asegura no con caballos de usted, tiene, gracias á usted, me lo ha dicho la señora de Tramont, casa y mesa.

—¡Qué calumnia!

—No, es la verdad.

Y, mirándole con expresión de profundo amor,

—Y es una verdad que me matará.

La señora de Tramont miraba entonces á Juana y á Marcial.

—¿Qué se dicen de tan serio? ¡Vaya una palidez la de Juana!

XI

El amor del abismo

Se despidieron como si no se hubieran de ver en mucho tiempo, aun cuando estaba bien decidido que se volverían á ver al siguiente día por la mañana.

La señorita de Armaillac habló un buen rato á solas con la señora de Tramont, quien le aconsejó no se dejara engatusar por el bello Marcial.

—Mire usted, querida niña: el príncipe ruso está por usted; usted ha nacido princesa; de ese lado es, pues, necesario inclinar el abanico; estos señores no creen hacer mal matrimonio cuando se casan con cómicas; testigo el príncipe Koutchoubey, que ha dado su nombre á la bella Alix Bressant. Muy natural es, pues, que este se case con una joven como usted.

Juana se acercó al fuego, como si sobre los hombros hubiera sentido el frío de las nieves de Rusia.

—El príncipe es encantador,—dijo,—mas no quiero desterrarme.

—¡Nada de eso, mi querida pequeña! La verdadera patria de los rusos es París; pregunte usted á Basilewsky por qué tiene su museo en la calle Blanca.

—Nadie escapa á su suerte. No tengo la pretensión de tener una estrella; pero creo que, por mucho que haga, me veré obligada á obedecer á lo que está escrito allá arriba.

—¡Cuidado! Esa es la razón de los insolentes que se someten á la corriente de la vida. Con esas ideas, acaba una por dejarse arrebatar, diciéndose: «¡Estaba escrito allá arriba!» ¡Piense usted bien lo que hace, mi querida pequeña!

«Mi querida pequeña» era un contrasentido cómico, puesto que la señora de Tramont era pequeña y la señorita de Armaillac abultaba doble que ella.

El carruaje de la señora de Tramont esperaba á Juana para conducirla á casa de su madre; abrazó á su buena amiga y la prometió volver á comer con ella al siguiente día.

Cuando puso la botina en el estribo, el cochero la preguntó si iba á casa de la señora de Armaillac.

—Sí,—le dijo ella.

Y añadió, después de un segundo:

—Pase usted por la calle del Circo.

El cochero hizo notar, como hombre que conoce la geografía parisiense, que no era aquél el camino recto. Pero obedeció.

¿Por qué la señorita de Armaillac quería pasar por la calle del Circo? ¿Es que iba á aventurarse á hacer una visita nocturna al señor de Briançon? ¿Quería interrumpirle en una entrevista á solas con Margarita Aumont?

—Estoy loca,—se dijo al entrar en el carruaje.—¿Cómo me he atrevido á decir al cochero que pase por allí? ¡Si llegase á contar qué camino elegí para volver al lado de mi madre!...

Pensó que aquello era tanto más absurdo cuanto que Marcial no la habría dejado para encaminarse

desde allí á su casa; el joven no se acostaba nunca hasta las dos de la mañana, y no tenía la costumbre de leer la *Vida de los Santos*.

El cochero pasó tan rápidamente por delante de casa de Marcial, que Juana apenas tuvo tiempo para saludar al paso al edificio. A dos casas de allí cruzó con otro su carruaje; en aquel coche había una mujer, y aquel coche se detuvo á la puerta de casa de Marcial.

—Es su querida,—díjose Juana, después de asomarse por la ventanilla.

A punto se halló de decir al cochero que parase; todos los demonios de los celos se apoderaron de su corazón.

—¡Esto es el infierno! murmuró.

Una vez en casa, fué á despedirse hasta el siguiente día de su madre, que estaba acostada; creía con aquello tranquilizar su corazón; pero pasó una horrible noche, como la víspera. Hasta la madrugada no cayó en un semisueño con todas las alucinaciones de la fiebre. Rogaba á Dios y jurábase á sí misma no volver á ver al señor de Briançon.

—No,—decía,—no le volveré á ver; él es un hombre de honor y olvidará lo que ha ocurrido.

Y, apoyando las uñas sobre el corazón,

—¡Mas no le olvidaré!—añadía.

Y pronto, presa de la desesperación,

—¿Acaso puedo arrancar este amor de mi corazón? —concluía.

A las diez se vistió, se arregló, recobró su sonrisa y corrió á casa de Marcial.

Cuando llamó á la puerta, prometíase no entrar si había alguien; haría pasar recado al señor de Briançon, y no le diría más que una palabra: ¡adiós! Sin duda él se esforzaría para detenerla; mas ella le significaría su desprecio por aquella traición.

El negrito salió á abrir; sonrió al ver á Juana, como se sonríe á una amiga de la casa.

—Si hay alguien,—dijo ella,—no entro.

—Estamos solos,—manifestó el negrito;—el señor conde espera á usted.

La señorita de Armaillac respiró y franqueó el umbral; el señor de Briançon salió á su encuentro y la estrechó en sus brazos, como después de una larga ausencia.

—¡Hace un siglo que no he visto á usted!—dijo al abrazarla.

—No tanto, pero hace más de doce horas.

Fué aquélla la segunda edición. Se almorzó más alegremente que la víspera; ya no había los goces de lo imprevisto, pero hubo las alegrías mejor saboreadas de las horas conocidas. Juana no sentía tan cerca á Margarita Aumont, Marcial reconocía que nunca había amado de boca, sino de corazón, á una tan bella criatura como la señorita de Armaillac. La dominaba por el amor que ella le profesaba, pero á la vez se sentía dominado por ella. No se explicaba cómo la víspera habíase atrevido á precipitar la aventura; le parecía aquello un sueño; ¿era posible que hubiese triunfado de aquella joven altiva como de una cualquiera?

Durante diez días, Juana fué á la misma hora á casa de Marcial. Se vió precisada á mentir diez veces á su madre; y por necesidad hubo de tomar una semiconfidente que le sirviera de pararrayos; era ésta una antigua amiga de Juana, apasionada por la músi-

ca: la señorita Angela Harry, una americana muy conocida. Juana, mala música, era la desesperación de su madre; díjola que se hallaba en buena vena musical, y que tomaba lecciones todas las mañanas en casa de su amiga, donde desayunaba en un descanso. Sabido es que la señora de Armaillac no salía casi nunca. Juana no temía, por esta razón, que á su madre se le ocurriera ir á sorprenderla en casa de su amiga.

No esperaba, por otra parte, que aquella hermosa existencia pudiera durar mucho: todas las mañanas se prometía hablar seriamente con Marcial, es decir, ofrecerle su mano; pero hubiera querido que la idea partiese de su amante. Y el señor de Briançon hablaba mucho de amor, pero nada de matrimonio.

Por último, un día, el décimo, la señorita de Armaillac decidióse á abordar aquel delicado capítulo.

—He pensado en ello, - contestó Marcial,—pero ¿cómo han de unirse dos miserias doradas? Porque ni uno ni otro somos ricos. Yo soy secretario de embajada con 1,800 francos de sueldo; su madre de usted no le dará en dote más que diamantes: ¿qué cara haríamos á través del lujo inusitado de las gentes á la moda?

—El lujo, para mí,—dijo Juana tristemente,—es el amor. ¿Acaso se cree usted que yo ambiciono los ocho resortes y los trajes de cola? Venderé mis diamantes; créame usted, la dicha no va nunca en coche arrastrado por cuatro caballos.

—Tampoco va en fiacre,—dijo Marcial.

Juana, que tenía su mano en la de su amante, retiróla con súbita indignación.

—¿Qué le da á usted?

—No me perdono,—respondió ella,—el haber descendido hasta discutir con usted; si usted me amase, ya hubiera ido á casa de mi madre, para pedirle mi mano; pero es menester que yo vaya de desilusión en desilusión.

Juana había cambiado por completo de fisonomía. Miró á Marcial, como si esperase de él la última palabra de su destino.

—Ya sabe usted que la amo, Juana; porque la amo no he querido hacer su desgracia; y porque no quiero hacer su desgracia no quiero casarme con usted.

Una amarga sonrisa se dibujó en la boca de la señorita de Armaillac.

—La verdad es, caballero, que es usted demasiado bueno; hasta hoy no le había comprendido: le he arrancado á usted por algunas horas de sus bellas costumbres de la vida parisiense...

El conde de Briançon volvió á coger la mano de la señorita de Armaillac.

—¡Adiós, caballero! Olvide usted; olvidaré...

Marcial hizo cuanto pudo para detenerla, hasta le ofreció vagamente ser su esposo; mas todo fué inútil.

—He dicho que olvidaría,—murmuró ella cuando estuvo en la calle.—¡Olvidar!... Sí, olvidaré en la tumba.

Aquel día, su madre debía conducirla á casa de la señora de Arfeuil, que daba una comedia en su salón.

—Me vengaré,—añadió Juana.—El señor Delamare estará en casa de aquella señora; le diré que le amo.

Comprendió que era aquello vengarse de sí misma.

Por la noche, cuando estuvo vestida para acompañar á su madre, fué presa de un desmayo. Su fuerza le hacía traición; caía bajo las emociones del día. No tardó en reponerse; pero suplicó á su madre que fuera sola á la comedia.

Cuando la señora de Armaillac hubo partido, Juana se acostó y tomó una novela. Pero su camisa de noche era el traje de Dejanira; las llamas de los celos la abrasaban; se admiraba de que Marcial no le hubiese escrito. ¿Era posible que estuviese tan tranquilo después de tan brusca separación? ¿Cómo no la había detenido por fuerza? ¿Cómo no la había seguido escalera abajo?

—¡Oh! ¡No me ama!—suspiró.—Pertenece por completo á esa joven; yo era un embarazo para él; y yo, á pesar de todas sus culpas, á pesar de que mi orgullo ha sido herido, á pesar de mi cólera, siento que le amo hasta morir. Se ha apoderado de mi vida; mi vida es suya.

Bajó de la cama y fué á abrir un cajón con escondrijo de su *secreter*, donde removió algunas perlas.

—¡Oh mis queridas perlas!—dijo.—¡Vosotras me consolaréis de todo!

En aquel momento, sus ojos extraviados detuviéronse en el retrato de su padre.

—¡Oh padre mío!—exclamó juntando las manos. —¡Soy una de Armaillac, y he manchado ese hermoso nombre!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XII

Las horas de locura amorosa

Juana se revolvió veinte veces en su cama, sin poder calmar su frente volcanizada, sin poder apaciguar los latidos de su corazón.

Se inclinó hacia el reloj: eran las once; se echó al suelo y vistióse á toda prisa. Púsose la ropa que acababa de quitarse, á fin de poder decir á su madre que había querido encontrarse con ella en la comedia.

Mas no era allí á dónde ella quería ir. Corrió á la calle del Circo, siempre á la calle del Circo, decidida á todo, hasta á armar un escándalo. Llegada á casa de Marcial, subió la escalera sin hablar al portero. El pequeño *groom*, que jugaba á las cartas en la garita, en el salón, quiero decir, la siguió escalera arriba y le dijo que el señor conde no estaba.

—Quiero esperarle; ábrame usted la puerta.

El negrito obedeció.

El frío era vivo, la joven tiritaba; así es que se alegró de encontrar lumbre.

—¿A qué hora volverá el señor de Briançon?

—¿Lo sabe él mismo acaso?

El *groom* decía esto con aire filosófico; parecía tener ganas de reprender á su amo, como los antiguos lacayos de comedia.

—¿Y esa señorita,—preguntó Juana,—vendrá antes que él?

—No se confía á mí.

—¿Viene todas las noches?

—¡Oh, no! Viene cuando tiene miedo en su casa.

—¿Vino ayer?

—No me acuerdo.

La señorita de Armaillac encontró indigno de ella interrogar al negrito.

—Está bien,—le dijo, despidiéndole con el gesto. —Esperaré un cuarto de hora.

El negrito murmuró entre dientes:

—Si el señor conde vuelve con la otra, esto será divertido.

En su ceguera, la señorita de Armaillac había prescindido de toda dignidad; pero, una vez en casa de Marcial, avergonzóse de sí misma.

—¡Cómo!—exclamó.—¡Me he humillado hasta venir aquí!

En cuanto se vió sola, Juana interrogó á los muebles, aquellos mudos testigos de todo, que tienen asimismo su fisonomía indiscreta. Por ejemplo, en una copa que se hallaba sobre la chimenea, Juana vió un medallón que no estaba la víspera. Le cogió y le abrió: encerraba un retrato. Era, naturalmente, el de Marcial. Margarita Aumont era demasiado lista para dejar en casa de su amante un medallón que encerrara el retrato de otro.

—¡Cuando pienso,—díjose Juana, arrojando á la lumbre el medallón,—que ese retrato ha estado pendiente del cuello de esa joven...!

Margarita Aumont había dejado otras huellas de su paso por la alcoba. Sobre la mesa, una novela

abierta tenía por señal una horquilla; sobre una consola, bajo un espejo de Venecia, había un ramillete de flores artificiales, que la joven se había quitado al peinarse.

La novela y el ramillete fueron á reunirse entre las llamas con el medallón.

Mientras tanto, Marcial no volvía.

Y Juana no quería que su madre le preguntase en qué empleaba el tiempo. Podía haber salido para ir en su busca; podía también decir que una vez á la puerta se había decidido á no entrar, temerosa de estar demasiado pálida; pero todo aquello no podía durar más de media hora; así es, que se decidió á volver á casa.

Al pasar por el comedor, llamó al negrito, que estaba medio dormido.

—Hijo mío,—le dijo,—si me juras guardar secreto, te daré uno de estos días cinco luises; es menester que el señor de Briançon no sepa que he estado aquí esta noche.

El negrito juró por sus grandes dioses.

La joven llegó á casa antes que su madre; volvió á su cama, que no encontró más dulce que una hora antes.

Al siguiente día, durante el desayuno, dijo á la señora de Armaillac:

—Mamá, estoy decidida á todo. Si el señor Delamare quiere casarse conmigo, le doy mi mano.

—¿Y tu corazón?—le preguntó su madre, interrogándola con la mirada.

—¿Mi corazón?—dijo.—No sé qué es eso.

Pero mientras hablaba, el corazón latíale hasta rompérsele.

—¡Qué infeliz soy!—murmuró.—¡Hablo de matrimonio y me estoy muriendo!

XIII

En el que se ve bailar á la señorita de Armaillac

La señora de Armaillac era de aquellas que creen que todo se arregla aun cuando no se trabaje para ello. Encontró, pues, muy natural que su hija volviese al señor Delamare, porque en su concepto aquello debía ocurrir.

Decía que, habiendo la sociedad moderna suprimido los matrimonios por amor, porque dos y dos son cuatro, no quedaban ya sino los matrimonios de conveniencia.

Hizo advertir al joven magistrado, el cual no desesperaba, por tener de su parte á la familia. El señor Delamare pasó al día siguiente por la casa, siendo invitado á comer con el tío de la señorita de Armaillac.

Se habló de literatura y de política. El magistrado fastidió á Juana, aun cuando ésta reconociera que no hablaba peor que otro; lo único que tenía de malo es que se había acorazado con una vieja moralidad que le hacía pronunciar sentencias como el señor Prudhomme. Y tanto las prodigaba, que uno llegaba á dudar de que hablara seriamente. Se había, por otra parte, amoldado al espíritu moderno. Si el amor

al traje negro no le hubiera cogido al salir del colegio, sin duda habría llegado á ser un hombre agradable.

Una vez recibido en la casa, descubrió sus baterías; hizo entrever á Juana la dicha futura, tal como él la veía al través de su ambición. Ella no escuchaba sino á medias. Aun cuando él hubiese hablado del paraíso perdido, que ella debía encontrar al unirse á él, hubiera hallado muy fastidioso aquel paraíso, habiendo de habitarle en su compañía. ¿Qué podía ser para aquella joven desilusionada el ideal de un magistrado que comienza por la vida de provincia? Pero la señorita de Armaillac tuvo valor para dejar creer al señor Delamare que su horizonte era también el de ella.

Las cosas fueron de prisa. El tío, que sin embargo no era rico, añadió 50,000 francos á los diamantes que daba la madre.

En el contrato de matrimonio se dió un te á los íntimos de la casa. Se bailó al piano.

La señora de Tramont, que estaba presente, preguntó á Juana por qué tenía el mirar extraviado.

—No sé,—respondió ella con una extraña sonrisa.—¡Me han dicho que es necesario bailar, y bailo!

La señora de Tramont se inclinó al oído de una de sus amigas.

—He aquí una que no va á ello alegremente.

La señora de Tramont no había nunca aprobado aquel matrimonio. Para ella era indudable que una joven bien nacida como Juana, bella entre las bellas, debía encontrar un príncipe encantador ó un príncipe cualquiera, como su amigo el príncipe ruso, que no había dicho ni sí ni no.

Dos corrientes se disputaban el espíritu de Juana. La primera, más impetuosa, la rechazaba siempre sofocada y quebrantada hacia el señor de Briançon; ésta era la rebeldía, era la pasión. La segunda, más suave, la llevaba á los brazos de su madre. Ésta era la resignación, era el sacrificio.

Hacia el fin de la velada, la señora de Tramont dijo bruscamente á Juana:

—¿Ha repartido usted sus invitaciones?

—Eso incumbe á mi madre,—respondió la joven.

—No olvide usted á sus amigos el príncipe ruso y el señor de Briançon, porque los dos me hablaron de usted ayer mismo.

—Y ¿qué le dijeron?

—El príncipe está desesperado, pero le hará feliz su dicha de usted.

—Es muy bueno.

Juana escuchaba con ansiedad, esperando que la señora de Tramont la hablara de Marcial.

—En cuanto al señor de Briançon, me ha dicho que para sí quisiera el lugar de su esposo de usted, pero que no tenía las virtudes necesarias para ser marido; le gustan demasiado todas las mujeres para amar á una sola.

—¿Así es, que mi matrimonio no le ha sorprendido?

—¡Oh, Dios mío, no! Creo, entre nosotros, que si hubiera usted tenido 500,000 francos de renta, hubiese pedido su mano. ¿Qué quiere usted? Hoy sólo importa el dinero.

—¡Oh corazón mío!—dijo Juana, apartándose de la señora de Tramont para ocultarle su palidez.

XIV

Dios y Satán

Tiempo le faltó al negrito para hacer traición á Juana; cuando su amo volvió, á la una de la mañana, en compañía de la señorita de Aumont, hízole seña de que tenía algo misterioso que decirle.

—A ver, habla,—ordenóle Marcial, mientras su querida pasaba á la alcoba.

—Es un secreto, señor conde; se me ha hecho jurar por mi parte de paraíso que no diría nada.

Marcial no sospechaba que aquel secreto se refiriese á la señorita de Armaillac.

—¡Habla ya!—dijo con impaciencia.

—La señora ha vuelto,—continuó el negrito.—Ha estado aquí un cuarto de hora y ha echado á la lumbre cuanto ha encontrado á mano; conque no hay que acusarme.

Al hacer traición á Juana, el negrito se exponía á perder su alma, puesto que por la salvación de ésta había jurado; pero más quería salvar su empleo que su alma.

—¿Qué ha echado á la lumbre?—preguntó Marcial con viva curiosidad.

—No lo he visto bien, porque miraba por el ojo de la llave; pero noté, sin embargo, que arrojó al fuego un libro, un ramillete y un medallón. Así es, que

en cuanto se marchó procuré salvar lo que pude; pero, por favor, señor conde, no le diga usted que se lo he contado todo, porque tiene unos ojos terribles, y temo que me pegue.

El negrito no confesó que esperaba cinco luises.

Marcial escribió á Juana lo siguiente:

«No he cesado de esperarla, pero usted ha olvidado el camino que á mi casa conduce. No me consuelo á la idea de perder á usted para siempre.

»¿Ha podido usted imaginarse que no está siempre en mi corazón? ¿Puedo yo olvidarla un momento, después de las horas inesperadas que he pasado con usted?

»Toda mi vida me acordaré de ellas. Por favor, Juana, vuelva usted, aun cuando no sea más que una vez, aun cuando sólo sea para decirme adiós.

»Mi corazón la espera á usted, mi alma la espera á usted, mis brazos la esperan á usted...

»*Marcial.*»

—¿Qué hace usted ahí?—gritó Margarita Aumont al señor de Briançon, porque la joven se había ya acostado.

—Es un asunto de dinero, querida,—respondió él. —Escribo esta noche para no pensar más en ello.

Diciendo estas palabras, cerró la carta y la dió al negrito.

—Ve pronto á acostarte,—le dijo á media voz,—y mañana, á las siete de la mañana, está delante de la iglesia de San Agustín; verás pasar á esa señora, que va á misa de ocho, y le entregarás esta carta si va sola, y lo mismo si va con su doncella.

Marcial sabía que los domingos Juana iba á misa de ocho á San Agustín.

El negrito pensó que aquello venía divinamente, porque sin duda la señora no olvidaría darle los cinco luises.

Contaba sin la huéspeda. Al siguiente día vió, en efecto, pasar á la señorita de Armaillac; corrió á ella, pero la joven tomó la carta y limitóse á darle las gracias con un movimiento de cabeza.

En la iglesia, sobre un libro de misa, fué donde Juana leyó aquellas líneas satánicas. Había palidecido á las primeras palabras; ruborizóse al leer las últimas.

Aun cuando aquel billete fuera de un hombre más apasionado que enamorado, sintióse por un instante presa de todas aquellas embriagueces.

—¡Quién sabe!—dijo.—Tal vez, si quisiese, le hiciera olvidar á aquella joven que le mantiene en su ociosa vida. Me ama, y no se atreve á romper con ella.

Pero poco á poco se fué desgarrando el velo; se confesó que el amor de Marcial era el amor de boca y no de alma, el amor que vive de voluptuosidades, no el que se alimenta con sacrificios.

La vista del Cristo mostróle la verdad; contemplando al Hijo de Dios, que no había llegado al cielo sino después de todas las estaciones de la cruz, sino después de todos los heroísmos del dolor, traicionado, azotado, coronado de espinas, murmuró:

—Yo me sentía capaz de andar ese camino para llegar á Marcial, porque le amaba hasta la profanación y hasta la blasfemia; ¡y él no ha tenido valor ni aun para sacrificarme esa joven!

La señorita de Armaillac empujó su alma hacia Dios con religiosa efusión.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¡Salvadme de este hombre!—dijo, ocultando sus lágrimas en el devocionario.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XV

El vaivén del corazón

De regreso en su aposento, Juana sentóse en seguida delante de un pequeño pupitre de laca de China, para escribir á Marcial:

«Quiere usted un adiós. Mucho me sorprende, en verdad, que se acuerde usted tanto de mí, puesto que mi deber es olvidarle, puesto que su deber de usted es borrar mi nombre en el libro de su vida.»

La señorita de Armaillac dejó aquí caer la pluma.

—¿Pues no estoy haciendo frases?—dijo.

Pensó que lo más elocuente era el silencio; pero las mujeres no comprenden bastante esta elocuencia: los tormentos del corazón las obligan á atormentar la pluma. Juana continuó:

«¿Por qué venir á ponérseme delante, á desanimarme, cuando de obrar bien tengo deseos? Su corazón de usted es malo y sólo quiere el mal. Se imagina usted que los accesos de pasión son expresiones de amor; pero, gracias á Dios, no soy ciega: todas sus doradas palabras nada conseguirán.

»Adiós, pues, ya que usted quiere un adiós; queme usted esta carta; es menester que en su ceniza se extinga el recuerdo de esa novela empezada, en la cual

no creo. Con su mal corazón es usted un hombre demasiado galante para que yo me vea nunca obligada, en el mundo en que nos encontraremos, á inclinarme bajo su saludo... ó á decir que no le conozco á usted...»

Cuando la señorita de Armaillac hubo escrito estas últimas palabras,

—¿Para qué?—dijo, comprendiendo que el silencio era la mejor respuesta.

Marcial de Briançon estuvo aquel día, más que nunca, enamorado de Juana, porque ésta no iba á su casa ni le escribía; esperábala primero con alguna fatuidad, convencido de que obedecería á su voluntad amorosa; poco á poco se impacientó y fuése apoderando de él la fiebre.

A las dos aún no se había desayunado, siempre esperando á la señorita de Armaillac, cuyo sitio en la mesa miraba. Concluyó por almorzar solo, no desesperando de que llegara ella. El recuerdo de la señorita de Armaillac tenía para él un encanto más penetrante. Hasta entonces aquello no era sino una pasión superficial; por primera vez sintió que amaba profundamente; no en vano había ella pasado tan cerca de él con todas sus llamas: le había quemado un poco.

—Ni aun tengo su retrato,—dijo, tratando de recordar toda la magia de aquella belleza altiva, dulcificada por el amor.

Por primera vez le hizo un sacrificio. Sobre la chimenea había un retrato de su querida: le tomó, le desgarró y lo echó á la lumbre.

—¡Cómo!—añadió.—¿No viene? ¡Cómo! ¿Ha de haber concluído ese amor apenas comenzado? ¡Cómo!

¿Tenía la dicha en la mano, y la he quebrado como en un juego infantil?

En vano iba hasta la antesala, en vano se asomaba al balcón. Juana no llegaba.

Pasaron ocho días. El tiempo no calmó su corazón; cada hora le separaba de Margarita y acentuaba en él el recuerdo de Juana. Las distracciones de nada le servían. Aquella hermosa imagen iluminaba su alma.

En aquella turbada atmósfera en que vivía, érale dulce volverse hacia Juana, con yo no sé qué virginales aspiraciones. Había empezado la vida por la tormenta, gustaba de alzar los ojos por encima del arco iris y mirar el espacio azulado. Le parecía verse en la aurora de la juventud luminosa de Juana; lo que no encontraba en Margarita, lo encontraba en aquella joven que no había amado á nadie más que á él; en vano se decía que no se ama sino á una mujer á la vez: en secreto se confesaba que por ambas sentía amor. Era aquello como un concierto ideal en que el violín alternaba con el violoncello. Creía, por otra parte, no amar profundamente; pero, en cuanto descendía en sí mismo, reconocía que era imperiosamente dominado por aquellas dos figuras, simbolizadoras de los dos amores. Quería abandonar á la una por la otra, pero temía rechazar á la más amada.

En aquel impulso perpetuo hacia dos mujeres, sentía la fatalidad que ha hecho rimar tantas tragedias antiguas.

Un día que el señor de Briançon no sabía á dónde ir á comer, se atrevió á subir á casa de la señora de Tramont, esperando vagamente escontrar allí á la señorita de Armaillac.

Se encontró con un pianista á quien aquella adorable charlatana había convidado á comer por no perder la costumbre de hablar; verdad que, cuando «la linda lengua de hacha» comía sola, hablaba en alta voz á los cuatro retratos de familia que decoraban las paredes del comedor.

Marcial pidió un sitio en la mesa.

—Sí, con la condición de que no comerá usted.

—En buena ocasión; aun no me he desayunado.

Se habló de varias cosas; naturalmente, pronto se pronunció el nombre de Juana.

La señora de Tramont hizo saber á Marcial que la señorita de Armaillac se casaba; ya estaban publicadas las amonestaciones.

—¿Sabe usted,—dijo Marcial para ocultar su turbación,—que si las cosas no estuvieran tan adelantadas le haría la corte?

—Sí, pero nada conseguiría usted: conozco á las mujeres.

—¿Está usted segura de que las conoce?

—Como conozco á los hombres. La señorita de Armaillac no es de aquellas que caen en la boca del lobo.

—La haría la corte con buen fin.

—¿Alguna vez la hace usted con fin malo?

Marcial no contestó á esta pregunta; tan entregado estaba á sus pensamientos.

—Por desgracia,—prosiguió,—no tengo un sueldo.

—Ni ella tampoco; estarían ustedes en paz y harían buena pareja en el mundo. Si el corazón se lo pide á usted, probable es que aun sea hora. ¿Quiere usted ponerse en guardia? Porque resultaría de ello una especie de duelo entre usted y el señor Delama-

re. El martes vendrá Juana á pasar aquí la velada de la víspera de la ceremonia. Tendré también tres ó cuatro jóvenes inglesas, lindas como inglesas; además vendrán por lo menos dos parisienses y dos americanas; se podrá bromear, cosa que á usted no le disgusta; conque no falte. Por otra parte, contaba con usted, y no me hubiera olvidado de mandarle un aviso mañana por la mañana.

A los postres, el pianista tomó parte en la conversación, sentándose al piano; fué aquélla una ocasión para Marcial despedirse de la señora de Tramont, so pretexto de que no le gustaba la música.

—Lo que me haría adorar á la señorita de Armaillac,—dijo mirando al pianista,—es que nunca ha cantado una romanza y que jamás hizo daño á un piano.

XVI

Del peligro de escribir cartas

El martes hubo, pues, una pequeña fiesta más ó menos bailable en casa de la señora de Tramont.

El primero que llegó fué el conde de Briançon. Y, sin embargo, se había detenido para repasar una carta que acababa de escribir á Juana y que debía tener alguna resonancia en el mundo.

El segundo en llegar fué el señor Delamare. Y, sin embargo, éste habíase detenido en un rodeo que hiciera á fin de ofrecerse á la señora y señorita de Armaillac para acompañarlas. Juana había rehusado, juzgando que bastante habría de acompañar á su marido después del matrimonio. Aun cuando llegara solo, el señor Delamare, al entrar, miró al señor de Briançon y le hizo con la cabeza una pequeña señal de triunfo.

—¡Pobre hombre!—pensó Marcial.—Si supiera la historia de su mujer, ya sería un poco más humilde.

Mientras tanto, todo el mundo había llegado, excepción hecha de Juana y su madre. Por fin fueron anunciadas y aparecieron, la señora resplandeciente, como una madre que casa á su hija, mientras que la hija parecía avanzar en una nube melancólica. Saludó á derecha é izquierda sin ver á nadie, imaginándose que era saludada al pasar. Vió, no obstante, ó sintió mejor dicho, que Marcial estaba allí.

La señora de Tramont salió á su encuentro y díjole mil monadas.

—No hay fiesta sin usted, hermosa amiga; es usted el alma de un salón y la alegría de los ojos; si no llevara en los labios colorete, la abrazaría á usted y la besaría.

Marcial, que parecía extraño á cuanto pasaba en el salón, no perdía de vista á la señorita de Armaillac; encontrábala aún más bella en su palidez hija de una pasión traicionada; porque, por mucho que quisiera defenderse de ella, no podía rechazar la expresión de sus penas del corazón.

La velada empezaba á animarse. El pianista, que había vuelto, sentóse al piano para hacer ruido. Después de la primera pieza, la señora de Tramont rogó á una de las jóvenes inglesas que cantara.

Miss Jenny Ramson cantó una romanza francesa. Juzguen ustedes si aquello sería hermoso. Cuando acabó, Marcial aprovechó el ruido de los aplausos para saludar á la señorita de Armaillac.

Ésta inclinó fríamente la cabeza, cual si no le conociera sino de hacía mucho tiempo; él insistió y quiso hablarle, pero ella pareció no comprender. Marcial perdió el juicio; como se encontraba solo con ella, oculto por un grupo, quiso darle la carta de que hablamos; no había escrito sino para el caso en que no pudiese conversar con Juana. Y juzgaba por su frialdad que no le sería posible cambiar con ella una palabra en toda la velada. Tomó, pues, la carta enrollada en un guante y la puso en la mano de Juana... pero la joven, decidida á no volverle á ver, rehusó la carta.

Luego se levantó con su dignidad acostumbrada y huyó al salón vecino, para escapar á las obsesiones de Marcial: la carta cayó á sus pies sin que el señor de Briançon la viera caer, tan fijas estaban sus miradas en el rostro de la joven; hasta se imaginó que no iba al salón vecino sino para leer aquella carta ó á fin de obligarle á seguirla. He ahí por qué la siguió.

Apenas salieron ambos del salón, cuando una de las jóvenes americanas, que había visto el juego, recogió la carta y exclamó:

—¿Quién ha perdido un billete dulce?

Era una de aquellas jóvenes que gustan de hacer mucho ruido para nada. Alzó la mano con el papel.

—¿Qué billete dulce?—dijo otra.—Hay que leer eso.

—¡En voz alta, en voz alta!—gritó la tercera.

La cuarta pidió una voz baja.

Se encontró aquello divertido, y se hizo círculo en torno de la americana.

—Señoras y señoritas,—dijo ésta con aire misterioso,—la carta está cerrada; mas como no hay nombre en el sobre, el secreto nos pertenece á todas igualmente.

—Lea usted, lea usted,—dijo otra.

—Lea usted si quiere; yo me lavo las manos.

Y la americana pasó la carta á la que acababa de hablar.

Era precisamente la inglesa de la romanza

Había sido aplaudida como cantante; quiso hacerse aplaudir como lectora.

Así es, que no hizo remilgos para romper el sobre.

—Escuchen ustedes,—dijo.

Y leyó:

«Es esto un adiós, puesto que un adiós quiere usted. ¿Por qué no volvió usted cuando yo la esperaba con todas las alegrías y todas las ansiedades? ¡Ah! ¡No hubiera usted salido esta vez de esta alcoba, que siempre estará habitada por su recuerdo!...»

—¿Qué es eso?—dijo la señora de Tramont, que acababa de acercarse y nada de aquello comprendía.

Un malicioso dijo á la dueña de la casa que era prosa amorosa, á la que miss Ramson ponía música.

Reinó un profundo silencio: todos empezaban á comprender que la lectura de aquella carta no era tan alegre como se esperaba, puesto que descubría un secreto.

Pero miss Ramson no pensaba sino en el efecto que producía; y continuó, como si aquélla hubiera sido la lectura de un trozo de literatura:

«Me acusa usted, porque como usted no tomo el amor por lo trágico; pero en mi corazón destrozado siento bien que yo soy el que más ama de los dos; para usted aquello fué sólo curiosidad; vino usted á mi casa un día de ensueño novelesco, se marchó usted, porque para usted aquello había sido una distracción; ahora que sabe usted que la amo, ya no me quiere ver. Pues bien: yo no puedo resignarme á no volver á verla. Siento que mi alma ya no me pertenece; en vano reprendo á mi corazón: se rebela y la quiere á usted, porque usted es su vida.

»Por favor, vuelva usted, aunque no sea más que por una hora, por un instante: es menester que le diga aquellas dulces palabras que se dicen en un beso.»

—¡Basta!—exclamó la señora de Tramont, arrancando la carta de manos de la inglesa.—No quiero que se diga que estamos en una casa de locos. Esta carta es, sin duda, un juego.

Todos los semblantes, tan alegres al comenzar, se habían tornado serios; el señor Delamare estaba en primera fila.

—A menos,—añadió la señora de Tramont, tan imprudente como las más jóvenes,—á menos que alguna de estas señoritas reclame esa obra maestra de pasión.

Había visto que la carta no estaba firmada.

—A ver, señoritas, ¿de quién es la carta?... ¿para quién es la carta?

Todas se pusieron á gritar, diciendo que no recibían papeles semejantes.

Después del silencio se había hecho tanto ruido, que todos los que estaban en el segundo salón acaban de entrar en el primero.

—¡Es una cosa inusitada!—dijo el señor Delamare á la señorita de Armaillac.—Parece que una de estas señoritas ha perdido una carta que le estaba dirigida; y esa carta encierra una acusación en regla contra su virtud.

—Sí,—dijo la señora de Tramont, volviéndose hacia Juana.—Y he hecho una necedad dejando leer esta carta; porque los repórters contarán mañana esta historia, un tanto escandalosa: hay aquí una joven que tiene un amante, que ha ido á su casa más de una vez.

Juana guardó silencio.

—A ver, hermosa amiga, usted que tiene unos ojos tan grandes, dígame cuál es, de estas señoritas, la que tiene un amante, para yo hacerla conducir á su mamá.

—Confieso á usted,—dijo Juana,—que no veo ni una sola á quien esa carta pueda acusar.

—Pues bien, querida amiga: lea usted misma ese billete.

Y la señora de Tramont presentó la carta de Marcial ante el rostro de Juana.

—He ahí el acta de acusación,—dijo á su prometida el sustituto del procurador de la república.

Juana, al ver la letra de su amante, no fué dueña de contenerse; cayó casi desmayada en brazos de la señora de Tramont.

Marcial entró en este instante en el salón.

—¿Qué ocurre aquí?—preguntó al ama de la casa.

—¿No sabe usted que se ha encontrado una carta que ha puesto á todo el mundo en conmoción? Tome usted, vea esa obra maestra.